

Entre la extrañeza y el (des)aliento del futuro en los jóvenes de bachillerato de Ameca, Cuajinicuilapa y Xalapa

JOSÉ SÁNCHEZ JIMÉNEZ *

Ningún cronómetro corre aparejado al tiempo de las intensidades de la vida en tres regiones del México atravesado por la violencia estructural. El tiempo y sus concreciones experienciales ofrecen indicios sobre las *subversiones del cuerpo* en las localidades de Ameca, Jalisco; Cuajinicuilapa, Guerrero y Xalapa, Veracruz, donde se realizó una investigación para documentar qué sostiene el deseo de saber de sus jóvenes de bachillerato. Los hallazgos se vinculan con la reflexión sobre la *posicionalidad* de los adolescentes sujetos a los vaivenes del proyecto de vida y los momentos de extrañeza que les producen efectos disruptivos. Se recurre a las nociones de *cuerpo*, *afecciones* y *modos de afectación*, de Baruch Spinoza y su recepción para una antropología del cuerpo-sujeto, que permite explorar el aliento o el decaimiento de los cuerpos en potencia suscritos en la imagen de sí.

PALABRAS CLAVE: Cuerpo-sujeto, modos de afección, sublevaciones, imagen superviviente y aspiraciones educativas.

There is not a timekeeper that could be able to equal the timing of the intensities of the life in three Mexican regions pierced by multiple expressions of structural violence. Multiple timelines and their concretions or experiential singularities are offering us the traces about what we will be approaching as the subversions of the body in the localities of Ameca, Jalisco; Cuajinicuilapa, Guerrero, and Xalapa, Veracruz. In these three regions, a research was conducted in order to explore on what might be held the will to know in high-school students within those communities. The data that is presented in these papers show a part of the results, particularly related with the reflection about the positionality of adolescents as being subjected to the sway of their life

* Profesor e investigador, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social. Maestría en Psicoterapia Psicoanalítica, Universidad Intercontinental, México. Contacto: jsanchezj@gmail.com

project and the moments of strangeness that are producing disruptive effects in each of them. Appealing to the notions of body, affection, and modes of affectation coming from the geometry of passions written by the philosopher Baruch Spinoza, considering its suitable reception for an anthropology of the body-subject, that could allow us to explain the inspirit or the decay of the body's potentiality inscribed in the self-image.

KEYWORDS: Body-subject, modes of affection, sublevations, survival image, educational aspirations.

El problema educativo en México se acentúa entre las aspiraciones juveniles por hacer suya la formación educativa y sostener el deseo de saber. En oposición a ello, se abre un camino diferente que desdeña la obtención de titularidades por el acceso inmediato a los bienes que no demandan de una formación educativa.

Dicho contrasentido es producido por la estrechez del mercado y la ausencia conectiva entre estudiar y desempeñar un trabajo acorde con lo que será la profesión de la vida. La inconsistencia es producto de las falencias que observa el proyecto de modernidad: la libertad de elección, el acceso a bienes apelando a un *self* empresarial del tipo “hágalo usted mismo”, así como la creencia exacerbada en suponer que cada región debe res-

Cuando se leen las cifras alarmantes de un alto porcentaje de abandono escolar próximo a 56 por ciento de la población estudiantil de bachillerato (UEMSTAYCM, 2018: 99), se constata el fracaso de la educación en México. De manera ideal, durante el decurso por la educación del nivel medio superior se debería potenciar entre los jóvenes la posibilidad de plantearse el *proyecto de vida*; es decir, la elección de la profesión de su vida.

Hipotéticamente, ocurre *si y sólo si* se sostienen las aspiraciones y el aliento de los cuerpos-sujetos en potencia. Mientras que en el ideario de la modernidad —en el liberalismo—, se afirma que cada persona puede construir y labrarse un futuro, comenzando por la construcción de su propio *self* y concluyendo con la construcción de

Cuando se leen las cifras de un alto porcentaje de abandono escolar próximo a 56 por ciento de la población estudiantil de bachillerato, se constata el fracaso de la educación en México

ponder a los imperativos del contexto para potenciar el desarrollo de competencias socioculturales, cognitivas e instrumentales de los sujetos a la educación o a la mala educación (Sánchez, 2019a).

la realidad social, las contradicciones sociales establecen límites a los imaginarios sociales (Taylor, 2006). El fracaso del proyecto de autorrealización y la exaltación de la libertad de elección como me-

canismo de resolución de las aspiraciones sociales no han logrado sino producir las patologías de la razón (Honneth, 2009: 32). En aquellas sociedades que apelan a una simbolización jerarquizada de las relaciones sociales no hay un acceso ilimitado a bienes y ninguna formación electiva conlleva un camino de éxitos y reconocimiento social. En lo fundamental no estamos alentando en los jóvenes el deseo de saber y tampoco se consigue la apropiación y potenciación del proyecto de vida.

Si la educación es concebida como domesticación, múltiples regiones serán concebidas, tomando en préstamo una analogía del siglo XVIII, como el salvaje de Avignon

Si la educación es concebida como domesticación, múltiples regiones serán concebidas, tomando en préstamo una analogía del siglo XVIII, como *el salvaje de Avignon*. El animal indomesticado, sujeto a la mala educación, se habrá sublevado al influjo de una civilidad inconsecuente con el aliento de los destinos compartidos y habrán de culminar y reproducir como fractales los destinos personales (Bodei, 2006). Quienes conciben la educación como domesticación apelan a un modelo autoritario de sometimiento, como si por medio de ello se hiciera valer la intención soberana de la ley por domeñar las concreciones violentas que a diario patentan el desdibujamiento del vínculo social y la reducción de los cuerpos a las demandas del mercado y de los imperativos regionales, sujetos a la fluidez o sus efectos de cortocircuito de los procesos sociales, económicos y de consumo. En contraste y oposición, queda por establecer y definir un proyecto de emancipación y la liberación potencial de los cuerpos-sujetos.

Exploraremos este horizonte a partir de los hallazgos de campo en tres regiones de México atravesadas por violencia estructural y restricciones de contexto. Nos habremos de valer de una conceptualización vitalista que parte de un principio fundamental: todo cuerpo es un cuerpo en potencia de obrar. Al violar esta definición vitalista, no sólo se incurre en violencia epistemológica, sino tam-

bién ontológica: cualquier concepción del cuerpo como superficie de inscripción o texto borroso, no hace sino rebajar y anular la conceptualización del cuerpo a objeto inerme.

Señalaremos la relevancia heurística de la concepción *spinoziana* del cuerpo, su recepción como cuerpo-sujeto y la reformulación del sujeto en resistencia y devenir para configurar el dominio interpretativo de las aspiraciones educativas de los jóvenes de bachillerato en las regiones de Ameca, Jalisco; Cuajinicuilapa, Guerrero, y Xalapa, Veracruz. Este plan de composición nos permitirá arribar a una lectura sensible sobre lo que definiremos como el *levante del cuerpo y el sostenimiento de las aspiraciones educativas*.

Breve esbozo de las aspiraciones educativas en las regiones de Ameca, Jalisco; Cuajinicuilapa, Guerrero, y Xalapa, Veracruz¹

Después de realizar un trabajo minucioso de investigación en los contextos educativos de nivel medio superior en Ameca, Cuajinicuilapa y Xalapa, con el objetivo de establecer contrastes para relevar aspectos comunes y singulares de las trayectorias disruptivas de los jóvenes estudiantes, se llegó a la conclusión de que las aspiraciones educativas han declinado en favor de una inserción al mundo de los bienes que no pasa por la esfera de reconocimiento social y, en consecuencia, no la actualiza. Desde luego, el resultado es desalentador, pues abona, hipotéticamente, al clima de incivildad: no tiene sentido estudiar o los sujetos son situados en un vacío de sentido porque la formación educativa no se corresponde con los imperativos laborales del contexto. Además, aquellos estudiantes que observan trayectorias de vida disruptivas comparten rasgos en común.

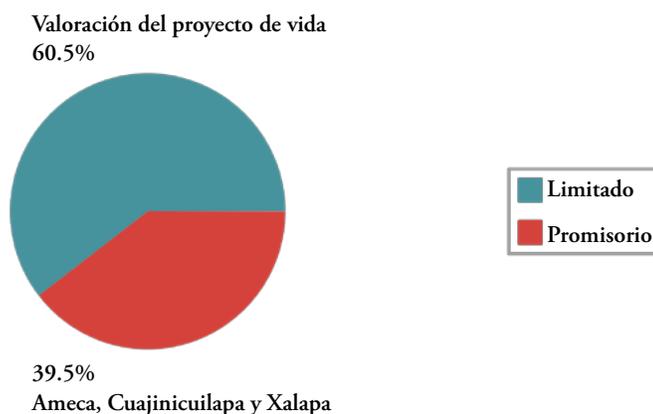


Figura 1. Factibilidad del proyecto de vida. Fuente: Datos originales (Sánchez, 2019a).

¹ Proyecto de investigación financiado por los Fondos Sectoriales, SEDESOL-2016-1-276690: Trayectoria educativa y aspiraciones de profesionalización de los jóvenes frente a los sistemas de educación media superior en Ameca, Jalisco, Xalapa, Veracruz y Cuajinicuilapa, Guerrero. Agradezco la participación, el trabajo de acopio y sistematización de datos efectuado por el equipo multidisciplinario de los colaboradores de campo: Marisela Infante y Karla Pérez (El Colegio de Michoacán), Isidro Navarro y Leslie Vargas (UNISUR), Soledad de León y Eréndira Esperón (Universidad Veracruzana-CECC), Aline Escobar y Pamela Spinoso (Universidad Veracruzana).

Los predicamentos de la vida que experimentan los jóvenes en el ámbito familiar, escolar, de relaciones sociales ampliadas y filiales implican, para 39.5 por ciento de ellos, afrontarlos con el apoyo de la familia o alguno de sus miembros, algunos profesores y referentes filiales, tanto como el anhelo por ser alguien en la vida. Para el restante 60.5 por ciento los predicamentos laborales, la falta de condiciones temporales y las limitantes de contexto, pesan como fatalismo y limitan sus aspiraciones, destinados a dejar la escuela para trabajar o terminar el bachillerato y dejar trunca una carrera.

El vaciamiento del proyecto de vida responde a las responsabilidades y exigencias de un contexto familiar habitado por el vacío de las relaciones sociales. Este vaciamiento im-



plica un cuestionamiento sobre aquello que potencia y habilita las sublevaciones de los cuerpos-sujetos y el sostenimiento del aliento y deseo de saber y devenir alguien en la vida, apelando a la esfera del reconocimiento social. Convocamos el debate para una antropología del cuerpo-sujeto; de manera particular, para responder al aliento que sostiene las aspiraciones educativas de los jóvenes de bachillerato en las tres regiones invocadas, a partir de la imagen de sí en su propio devenir.

Cuerpo, imagen y aspiraciones de futuro

Jean-Pierre Faye recupera una sentencia de Spinoza inscrita en su *Cogitata metaphysica*, obra mejor conocida como *Los Principios de Descartes*, que a la letra reza: “Las ideas no son otra cosa que narraciones mentales de la naturaleza” (Faye, 1998: 37). Entre el sujeto pensante y la cosa extensa hay algo estructuralmente constitutivo: el cuerpo-sujeto. Somos la naturaleza que se autocomprende. Los ecos de la etimología griega *philanthropia*, nos recuerda a Faye en



sus múltiples circunvoluciones por aproximarnos al acontecimiento del concepto *filos*, el cual acompaña al amor o respeto al cuerpo y el conocimiento que sabe a amar el conocer. Asistimos por esta vía, etimológica, al debate sobre el cuerpo-sujeto. Nos preguntamos con Faye sobre la relevancia heurística del pasaje homérico escrito en *La Iliada*, cuando Aquiles lleva el cadáver de su hijo, Héctor, al rey Príamo. Este acto, filantrópico, hace patente que toda acción alude a los hechos, pero también a los valores. Lo axiológico vertebrado —necesariamente ha de hacerlo— toda aproximación al debate sobre el cuerpo-sujeto. Vayamos al pasaje aludido para situar el problema subyacente donde se hace eco de la indignidad que recibe el cuerpo inerte frente al reclamo de las exequias que honrarían y actualizarían el respeto por el otro, por sí mismos, que hacen del cuerpo, sujeto:

¡Dioses crueles y maléficos! ¿Nunca en vuestro honor Héctor ha quemado muslos de bueyes y cabras sin tacha? Ni ahora que no es más que un cadáver habéis osado salvarlo, para que lo contemplaran su esposa, su madre, su hijo, su padre, Príamo, y sus huestes, que pronto lo habrían incinerado al fuego y le habrían tributado exequias fúnebres. Pero es al maldito Aquiles, dioses, a quien preferían proteger, a uno que no tiene mientes sensatas ni juicio flexible en el pecho, y que sólo conoce ferocidades, cual león que dócil a su enorme fuerza y a su arrogante ánimo ataca los ganados de los mortales para darse un festín; así Aquiles ha perdido toda piedad y no tiene ningún respeto, don que a los hombres causa un gran daño o un gran beneficio. Otros deben de haber perdido sin duda a un ser aún más querido, bien a un hermano de madre, bien a un hijo; pero después de llorar y lamentarse remiten en su pena, pues las Moiras han hecho el ánimo humano apto para soportar (Homero, 2015: 483).

Una plegaria dirigida a los dioses pone en suspenso el vínculo que religa a quienes en su condición de deudos esperarían que la sensatez se mantuviera del lado del respeto y la dignidad de los cuerpos, sujetos a las impulsiones de otros cuerpos. Si los dioses responden al llamado de quienes celebran y actualizan su compromiso con aquellos, ¿por qué debería establecerse una preferencia por uno de ellos? La singularización de las inclinaciones a favor de uno u otro terminaría minando la posibilidad del destino hacia una suerte de ejercicio selectivo y diferenciado de quienes se mantienen

con vida y, por tanto, con esperanza. El reclamo implica devolver a su plano indiferenciado a los cuerpos-sujetos.

En un segundo momento hay un reclamo no sobre la injusticia del cuerpo inerte, sino del sentido de dignidad que habría de llevar a su deudos a celebrar las exequias: incluso en su posicionalidad como cadáver, el cuerpo es situado en la dignificación. Pensemos, por ejemplo, en la crueldad que se hace patente en el borramiento de los rostros —los 43 de Ayotzinapa—, en la fragmentación de los cuerpos expuestos como objetos parciales que patentan la indignidad que hace de los victimarios seres impíos. Toda indignidad ante el cuerpo produce indignación. El cuerpo está sujeto a los vaivenes de las fuerzas que imprimen otros cuerpos y a los cuales reacciona. Incluso en un estado inerme, la memoria colectiva moviliza la restitución de la dignidad y el respeto por los cuerpos: al cuerpo se le devuelve el vínculo indisoluble de ser sujeto. Los ejemplos se reproducen: las madres que buscan a sus hijos desaparecidos y ocultos en tumbas clandestinas con el oprobio de un duelo que no cierra, los ejercicios fallidos de borramiento que protegen al victimario de sus actos en el ámbito jurídico; de manera particular, a quienes ocupan una posicionalidad misógina, machista y en oposición al empoderamiento de las mujeres que reclaman políticas de género y certezas ontológicas sobre el respeto irrestricto a los cuerpos-sujetos.

El ánimo es aliento que caracteriza y sostiene las aspiraciones del cuerpo-sujeto

Por último, en un tercer momento, el pasaje de *La Iliada* que reclama la dignificación de los cuerpos en respeto al dolor, se traduce en resistencia: *el ánimo humano está hecho para soportar*. La posición del soporte no es el de una sujeción irrestricta a los grilletes de la cultura o la injusticia, de otro modo no tendría sentido el reclamo que insiste en la restitución de la dignificación del cuerpo. Aquí el problema subyacente es el del ánimo que hace de soporte. El ánimo es aliento que caracteriza y sostiene las aspiraciones del

cuerpo-sujeto. Es el indicador indisoluble de la corporalidad sentiente; es decir, en tanto cuerpo-sujeto: siente, disiente y resiente.

Conviene deshacerse del esquema de un interior opuesto a un exterior. No hay más que un existente que puede considerarse bajo el aspecto de su puntualidad o bien bajo aquel de la exposición de esta puntualidad. Expuesto, el punto de coincidencia a sí se repite indefinidamente a lo largo de todas las dimensiones a través de las cuales ejercita su propiedad de *sentido* [sentir, asentir, resentir]. Ego es el punto de sentido —a la vez incalculablemente multiplicado y siempre idéntico en su retirada inextensa— de la configuración [lineal, voluminosa, motriz, plástica] que se llama *un cuerpo*. O bien, para intentar decirlo de manera más ajustada, *ego* es el *un* de “un cuerpo” y *cuerpo* constituye el sentido de este *un* sin el cual éste se aboliría en la nulidad de su extensión (Nancy, 2015: 11-12).

Nancy sitúa el cuerpo en un punto cuyas progresiones (58 indicios) permiten establecer sus modos de afección; es decir, hacen patente la manera como las relaciones entre sí configuran una geometría de las pasiones, justo ahí donde el *ego* es un cuerpo que patenta su singularidad que, de otro modo, haría inconsecuente el



abordaje y la reflexión sobre los tres modos de afección característicos del cuerpo-sujeto: el sentir, asentir y resentir. Como cuerpos sentientes habitamos ya en la sensibilidad y el tacto que nos vincula con el otro (todo sujeto es el vínculo y la diferenciación entre sí mismo y otro que ha quedado simbolizado en el soporte y apropiación de las relaciones de alteridad),

en tanto que en su expresión del asentir, se hace valer la posicionalidad del *cogito* en un mundo de semejanzas y diferencias que pueden o no traducirse en integración o fragmentación. Y, por último, al resentir, cuyo registro de la memoria implica la posibilidad de asumir la pérdida o la tensión entre ausencia y presencia, consustanciales a todo proceso de pérdida, duelo y reelaboración o refigu-

ración del horizonte y proyecto de vida a favor del *conatus*; es decir, la perseverancia del ser y la potenciación de la vida. Lo importante en el resentir no es el sentir dolor por la reminiscencia del pasado, sino la inactualidad del acontecimiento que nos acompaña y sitúa en la extrañeza de la pérdida.

Estos tres aspectos nos proveen de una heurística para comprender el concepto del cuerpo-sujeto, cuyo soporte corre del lado del aliento o desaliento y sus concreciones en el decaimiento o levante del cuerpo: es el ánimo del pasaje de la Ilíada que hemos invocado.

El abordaje antropológico del cuerpo-sujeto es axiológico, implica una valoración de éste

El cuerpo, vivo o muerto, cuando es tratado con tacto y respeto, es un cuerpo-sujeto. Cuando el cuerpo vivo o muerto es fragmentado, desechado y no se lo honra, se le sitúa en la posicionalidad de objeto parcial: es objetivado y reducido a un fetiche. La incompletud en la integración de las relaciones de alteridad, entre sí mismo y otro, tienen como efecto la desobjetivación de los cuerpos (Butler, 2009).

La indignidad o la dignificación nos muestra que toda acción es indisoluble de los valores, bien que sean positivos o negativos—desde luego, se trata de una tensión, no hay dualidad aquí que se haga valer, sino gradaciones y contradicciones propias de la vida—. El abordaje antropológico del cuerpo-sujeto es axiológico, implica una valoración de éste. Cuando ocurren los extravíos de la infravaloración o la supervaloración de los mismos, las gradaciones entre ambos producen los exabruptos de la imaginación.

La idea de todo cuanto aumenta o disminuye, favorece o reprime la potencia de obrar de nuestro cuerpo, a su vez aumenta o disminuye, favorece o reprime, la potencia de pensar nuestra alma [...] Vemos, pues, que el alma puede padecer grandes cambios, y pasar, ya a una mayor, ya a una menor perfección, y estas pasiones nos explican los afectos de la alegría y la tristeza. De aquí en adelante, entenderé por alegría: una pasión por la que el alma pasa a una mayor perfección.

Por tristeza, en cambio, una pasión por la cual el alma pasa a una menor perfección. Además, llamo al afecto de la alegría, referido a la vez al alma y al cuerpo, “placer” o “regocijo”, y al de la tristeza, “dolor” o “melancolía”. Pero ha de notarse que el placer y el dolor se refieren al hombre cuando una parte de él resulta más afectada que las restantes, y el regocijo y la melancolía, al contrario, cuando todas resultan igualmente afectadas (Spinoza, 2007: 213).

El pasaje invocado ilustra la geometría de las pasiones que he tomado como referente para proponer un modelo heurístico del cuerpo-sujeto con el afán de caracterizar los modos de afección que potencian o merman el aliento del cuerpo-sujeto. De manera somera, el modelo alude a una elipse que representa una tópica ficcional del cuerpo-sujeto con sus tres dimensiones del sentir, resentir y asentir. En uno de los extremos, las pasiones o modos de afección que han dejado su impronta en la cromática inestable de las emociones, podemos situar la tristeza y, en su opuesto, la alegría. Mientras más se acentúa uno de los polos afectivos, el cuerpo-sujeto niega sus contradicciones y va perdiendo su condición subyacente y el soporte que alienta su devenir. En otras palabras, todo cuerpo-sujeto actualiza nuestra condición patética. Lo patético es una condición inherente

a la experiencia humana y el modo como se la refigura hace visible la potencia del ser, lo habilita en tanto cuerpo-sujeto:

Lo patético no es sino una superficie de inscripción que se desliza en tantas gradaciones como vivencias de ruptura, pérdida y duelo que habremos de experimentar en el transcurrir y el devenir de una vida vivida. Los modos de afección son múltiples cuantas cualidades y características observan los cuerpos en afección. Lo patético se deriva del *pathos*, del dolor (Sánchez, 2019b: 170).

En oposición a las aporías del mediacionismo patente en todo abordaje del cuerpo, en tanto se lo concibe como objeto y no como cuerpo-sujeto, la propuesta spinoziana se localiza no en las mediaciones, sino en la naturaleza misma de los cuerpos cuya perseverancia se desarrolla como aspiración vitalista y sostenida en el deseo de ser.

El mediacionismo afirma que, para acceder al conocimiento de las cosas —mundo y mundo de vida—, partimos de lo que como sujetos cognoscentes nos planteamos acerca de lo que el estado de cosas sea. Ésta sería una posición epistemológica mediada por la percepción,





memoria, cultura, lenguaje y cognición del *ego cogito* (Dreyfus y Taylor, 2016). Sin embargo, el encarnamiento de la percepción no agota ni resuelve el tema de las intensidades y el movimiento del objeto. Si acaso, lo que se hace es incurrir en una débil epistemología asociacionista, cuyo horizonte temporal se agota en la percepción o enunciación del objeto.

Toda forma de asociacionismo que pretenda dar cuenta de los cuerpos está condenada al fracaso del presente continuo por lo inactual, puesto que ha perdido de vista la historicidad y tiende a obviar que al cuerpo le sobrevive la imagen sin llegar a mistificarla, a lo sumo para brindarnos los indicios del cuerpo: “Entre fantasma y síntoma, la noción de supervivencia sería, en el ámbito de las ciencias históricas y antropológicas, una expresión específica de la *huella*” (Didi-Huberman, 2013: 54).

La imagen que se vuelve representación interrumpe uno de los rasgos característicos y fundacionales de la definición y materialidad de los cuerpos: el movimiento. Henri Bergson se encuentra con este predicamento en su disertación sobre la imagen superviviente de los cuerpos al situarnos del lado del *percepto*; es decir, el objeto tal como es percibido por el percipiente:

La percepción nunca es un simple contacto del espíritu con el objeto presente; está completamente impregnada de los recuerdos-ímagenes que la completan al interpretarla. El recuerdo-imagen, a su vez, participa del ‘recuerdo puro’ que comienza a materializar, y de la percepción en la que tiende a encarnarse: considerada desde este último punto de vista, se definiría una percepción naciente. Por último el recuerdo puro, independiente de derecho sin dudas, no se manifiesta normalmente más que en la imagen coloreada y viviente que lo revela (Bergson, 2006: 145).

Acto seguido, el filósofo intuicionista ilustra su alegato en contra del asociacionismo que hace corresponder atributos o cualidades a sus descripciones de objeto, cuyo símil es el de una antropología que hace del cuerpo un objeto de estudio descriptible. Bergson afirma que la relación entre un recuerdo puro sigue un *continuum* es su camino de invocación pasando por el recuerdo-imagen hasta convertirse en percepción. Este proceso no está interrumpido, puesto que se hace corresponder con las intensidades del recuerdo y la memoria en movimiento. Este movimiento se experimenta cuando nos escandimos del presente y vamos por un recuerdo que, en primera instancia, aparece como algo nebuloso aún y que, en el trayecto de composición de una imagen, comienza a adquirir forma, aproximándose a la percepción.

Por ejemplo, cuando a los estudiantes de bachillerato que entrevistamos les preguntamos: ¿cómo te ves a futuro? Sus respuestas buscan dotar de forma a una imagen que no está ahí sino en su devenir. El cuerpo-imagen en movimiento deviene una promesa y demanda del visor y escucha de su atención: eso que el sujeto quiere no está ahí sino figurado como una imagen de sí en su devenir, bien como anhelo, o como desaliento o ajuste impuesto por las limitantes del contexto. Se pone en la imagen-movimiento cuerpo y alma para decirlo a la manera de Bergson.

El asociacionismo, por su parte, traiciona el movimiento porque no se interroga por el proceso y sus temporalidades. En otras palabras, una antropología del cuerpo subsidiaria de asociaciones entre el objeto de estudio y sus actualidades carece de profusión porque no se interroga por las intensidades del cuerpo-movimiento y de cómo quedan indicios de las temporalidades que las habitan, recorren y se deslizan de manera ininterrumpida. No en vano, Spinoza define al cuerpo como *potencia de obrar* y aliento en la perseverancia del ser o *conatus*. Todo aquello que permanece inerte o inmóvil deja de ser, conceptualmente y de *facto*, un cuerpo (Spinoza, 2007: 128, 150). Por extensión, todo cuerpo conlleva la traza de una imagen superviviente, cuya actualidad no se escinde del pasado y tampoco se agota en el presente actual. En cambio, permanece abierta en su devenir hacia un horizonte porvenir o futuro



posible, sea éste esperanzador o no. Todo cuerpo en tanto movimiento y vinculado a la imagen superviviente, articula una relación vinculante entre los modos de afección a los que está sujeto y, por los cuales, las cualidades experimentadas configuran una elipse en movimiento de modos de afección y formas de relación entre sí, no reducibles a la separación sujeto-objeto.

La mitad de la población estudiantil conformada por mujeres y hombres, de entre 15 y 19 años de edad, que cursan, ha desertado.

La heurística del cuerpo-sujeto brevemente esbozada nos sitúa en la exploración de las imágenes supervivientes y las subversiones que alientan o soportan el deseo de saber y devenir alguien en la vida por los jóvenes de bachillerato. En consecuencia, visitaremos la conceptualización sobre las sublevaciones del cuerpo.

En fechas recientes, se expuso en el Museo Universitario de Arte Contemporáneo la exposición intitulada *Sublevaciones*. Las imágenes alusivas a la posicionalidad de los cuerpos invitan al visor a familiarizarse con el sentido trazado por el movimiento corporal inscrito en un contexto que alienta o hace patente el motivo del levantamiento del cuerpo. En ellas asistimos a una provocación entre la representación fija de una imagen y el movimiento fracturado por la toma. En todos los casos, algo anima el cuerpo: la histérica rígida, pero cuya lente ha captado su voluptuosidad, escapando de la rigidez hacia la sublevación de la sexualidad contenida por la sensibilidad de una época; o los tres hombres atisbando la libertad por un recoveco de la cárcel de Lecumberri de la serie *Prisión de sueños*, de Nacho López, fotógrafo mexicano, entre otras.

La sublevación de los cuerpos se confronta con el aplastamiento o el aplanamiento de los tiempos pesados: ¿cómo es que la educación media superior ha caído en el abandono? La mitad de la población estudiantil conformada por mujeres y hombres, de entre 15 y 19 años de edad, que cursan, ha desertado. Es decir, se han situado en el vacío y dejado en vaciamiento las escuelas de

bachillerato donde, de manera ideal, se formulará la apropiación de la formación y se hará vigente el anhelo por adquirir titularidades que sean reconocidas socialmente. El peso de los tiempos se hace notar en el vaciamiento de las aspiraciones, del aliento de futuros:

A base de acostumbrarse —cosa que sucederá enseguida, porque el hombre es un animal que se adapta pronto—, uno ya no espera nada en absoluto. El horizonte de espera, el horizonte temporal, acaba por desaparecer como había desaparecido en las tinieblas todo horizonte visual. Allí donde reina la oscuridad sin límite ya no hay nada que esperar. A eso se le llama sumisión a la oscuridad [o, si lo prefieren, obediencia al oscurantismo]. A eso se le llama pulsión de muerte: la muerte del *deseo* [...] ¿Qué ocurre con la desilusión? Cae el deseo, es la muerte del deseo. Si en tiempos de oscuridad —mutilaciones de cuerpos, horizontes educativos fragmentados, vaciamiento de los vínculos afectivos, dispersión y futilidad de la cultura como argamasa religante de lo social—, no se alienta y potencia el deseo o perseverancia del ser, cuando la costumbre se haga lugar el cuerpo-sujeto caerá en “la inercia mortífera de la sumisión, tanto si es melancólica como cínica o nihilista (Didi-Huberman, 2018: 9).

La sumisión sitúa en una posicionalidad de sometimiento. Cuando es melancólica, el pasado habrá regresado para afirmar que hubo un antes mucho mejor, argumento fútil e intransigente de la, así la podemos situar, *alta adultocracia* (generación que hoy ronda los setenta años de edad). Esto significa que, quienes, además de conseguir hacer realidad la profesión de su vida, han logrado obtener reconocimientos, trabajo y una pensión. El juicio adulto de probidad ante los jóvenes de la nueva era no es sino producto de la estrechez del mercado laboral y no necesariamente un ejemplo elocuente del aliento de vida y soporte para

las aspiraciones educativas. Luego, podemos hablar de la *baja adultocracia* (generación que hoy ronda los cincuenta años de edad), situada en el contexto del declive del hombre público (Sennett, 2011) y la crisis del estado benefactor (Offe, 1990), frente a los procesos de desregulación de las relaciones sociales, la caída de los contratos colectivos de trabajo y la fragmentación de las aspiraciones educativas debido al incremento de la densidad poblacional frente a la insuficiente capacidad de respuesta del Estado en contextos atravesados por desigualdades estructurales.

De la elitización de la educación a la democratización de la misma, ha ocurrido un vaciamiento que esta segunda categoría de *adultócratas* ejemplifica: una competencia entre sí por acceder a reconocimientos, movilidad laboral y el acceso al mundo inequitativo de los bienes que muestran la futilidad de una sociedad estructuralmente jerarquizada. Consecuencia de ellos, al menos en México, ha sido la emergencia de las grandes minorías étnicas borradas por las políticas educativas y sociales. Conforme el mercado ha pasado a ocupar un lugar preponderante en las políticas de desarrollo, la matriz Estado-céntrica se ha replegado para dar paso a la flexibilización de las



relaciones sociales, el descentramiento del monopolio de las relaciones de poder a favor de quienes controlan los flujos de bienes, códigos y personas.

La violencia del sujeto ha sido una concreción de este periodo que no atina a establecer las correas de transmisión entre la *baja adultocracia* y la *alta juventud* (generación entre los 30 y 40 años de edad). Ambas generaciones se encuentran más próximas entre sí porque comparten la precariedad del vínculo y la competencia por recursos escasos. Son cautivos de la inmovilidad laboral que se traduce en un recurso para mantenerse en la inercia y la futilidad de las aspiraciones educativas. Gran parte de la *baja adultocracia* no trabaja ejerciendo la profesión de su vida, mientras que la *alta juventud* ya no tiene más nada que demostrar ante las coacciones de la probidad adulta. Lo anterior explica, parcial y estructuralmente el decaimiento y el vaciamiento de las escuelas de educación media superior que se hacen patentes en la *juventud baja* (generación cuyo rango de edad tiene entre 15 y 29 años de edad). Se trata de una generación a la que se le ha situado en la indigna denominación de *Los cansados*:

Estabas tirado en el sofá, en medio de un hacinamiento arrugado de cojines y de migas. Anoto con celo científico, y ninguna floritura literaria. Sobre las tripa tenías apoyado el ordenador encendido. Con la mano derecha teclabas algo en el Smartphone. La mano izquierda, semiinerte, sostenía con dos dedos, por una esquina, un andrajoso libro de texto de química, para evitar que se hundiera para siempre en el tenebroso intersticio entre el respaldo y los cojines, donde una vez encontré una salchicha cruda, uno de tus alimentos favoritos. La televisión estaba encendida, a un volumen altísimo, y en una serie americana dos hermanos obesos, con un vocabulario rudimentario, explicaban cómo se sanea una casa de ratas. En los oídos tenías auriculares, conectados al iPod oculto en alguna anfractuosidad; es posible, por lo tanto, que también estuvieras escuchando música (Serra, 2014: 62).

A ellos interpelamos a continuación resguardando su dignidad bajo la heurística spinozaiana: todo cuerpo es un cuerpo en potencia, cuerpo-sujeto, cuyo soporte y aspiraciones corren aparejados por el movimiento de resistencia y sublevación ante los tiempos pesados, por el levante del cuerpo.



El porvenir de una (des) ilusión

Como hemos advertimos, renunciamos a la relevancia del significante y su resolución interpretativa consignada en la futilidad del referente por el de posicionalidad. Esto no significa “perspectivismo” (Sánchez, 2015); puesto que, si apelamos a los procesos de desarrollo cognitivo y moral, en tanto sujetos capaces de adquirir y poner en juego las competencias y recursos lingüísticos asociados con la invocación de la tercera persona, entonces, todo proceso de alteridad implica un acto de madurez y, por el contrario, el subterfugio del perspectivismo conlleva la simiente fatalista del lenguaje egocéntrico de una cultura singularizada a grado tal que el relativismo la pulveriza y convierte políticamente en intolerancia o perspectivismo.

En otras palabras, su naturaleza no será subsidiaria de un límite de lenguaje consignada como forma de vida, puesto que todo sujeto capaz de habla, en tanto que adquiere capacidad o competencias en el aprendizaje y despliegue de actos de habla, en esa proporción, amplía el universo semántico en un plano relacional que hace posible y factible, entre otras cosas, la transversalidad en las relaciones sociales y su interpelación a una esfera de reconocimiento y justicia social. Cuando no ocurre así, no estamos ante la futilidad de la verdad que consigan los nihilistas defensores del perspectivismo, sino ante una controversia ética y política.

Cada una de las viñetas etnográficas que aquí proponemos condensa la posicionalidad de los jóvenes, quienes habitan una región habitada por condiciones de vulnerabilidad y riesgo; aspectos que inciden en la formulación de la pregunta por el proyecto de vida: sus narraciones corporizan el aliento o el desaliento de futuro, no decimos de la vida, puesto que al circunscribir sus anhelos, sueños e imaginarios a las condiciones imperantes en cada contexto, lo que tiene lugar es el repliegue del sujeto ante los efectos de la desubjetivación de los cuerpos asociados con la falta. Un cuerpo-sujeto en falta es situado en la vorágine de la caída y el cercenamiento de las aspiraciones de vida. Cuando el desaliento habita en un estado de ánimo, éste no hace sino concretar el estado de cosas imperantes, no sólo en cada una de las tres regiones a las que alu-



dimos a partir de la posicionalidad de los cuerpos-sujeto, sino a un estado que los alberga y que, bajo su manto, limita la potenciación del deseo en los cuerpos-sujeto.

Seleccionamos tres ejemplos de vidas disruptivas y deserción escolar. Dos de ellas son mujeres con aspiraciones e idearios diferenciados y singulares, respectivamente, de Cuajinicuilapa, Guerrero, y Ameca, Jalisco. En oposición, seleccionamos un caso representativo de los idearios de Xalapa, Veracruz, en la voz de un joven que hace de la imagen de “cholo” su manera de subvertir el lenguaje impositivo que cercena las aspiraciones educativas.

¿Qué tienen en común las tres regiones? *a)* Las tres han sido elegidas como continentes de la violencia estructural y base de operaciones de la delincuencia organizada. *b)* Cada una responde a imperativos de movilidad muy diferentes entre sí. Mientras que

Ameca ha sido históricamente una región expulsora de mano de obra hacia Estados Unidos, Xalapa es la ciudad rural más estable donde su cualidad de “villa universitaria” ejerce su influjo en las aspiraciones educativas, frente a las escasas oportu-



nidades laborales y la tentación vigente del acceso a bienes por otros medios que no sean los de una profesión reconocida. Por su parte, Cuajinicuilapa es una región que observa los mayores niveles de marginalidad y la futilidad de la educación ante un entorno que les plantea una sola alternativa: quien estudia, debe estar dispuesto a irse de la región para continuar sus estudios o encontrar otras “oportunidades laborales”. *c)* La posicionalidad de la función paterna en cada una de las regiones deja un vacío que se traduce en la mayor relevancia de la función materna para sostener y alentar las aspiraciones educativas. En los tres casos, son las figuras de sustitución paternas las que pueden o no llegar a ejercer un influjo positivo o negativo en el aliento de la profesionalización.

Además de las características enunciadas, establecimos una metodología interpretativa, la cual consiste en acceder a la secuencia de imágenes que orientan la autoconcepción de sí y de su propio devenir. En ellas no solamente se hace visible la idealidad de sí, sino, en su devenir, la idealidad de futuro. Sin este ejercicio de sublevación, que consiste en aspirar al futuro, las ilusiones habrían decaído y llevado consigo hacia la muerte del deseo o la inercia transgeneracional de un mundo hiperrealista que nos pesa.

Alicia se quita un peso de encima

Hablamos de los tiempos pesados y su poder apabullante cuando invocamos las *sublevaciones*. Este breve relato no muestra la resistencia de las mujeres que viven en adversidad y cuya complejidad se desliza entre la asunción de la propia función materna; de hija frente a su propia madre, y como estudiante que regresa para establecer que es posible una segunda época de bachillerato donde sea factible establecer que es posible afrontar el peso de la fatalidad.

La cabecera municipal cuenta con servicios educativos y comerciales, pero no representan un polo de atracción para satisfacer la demanda laboral

Cuajinicuilapa, Guerrero, es una localidad situada en la denominada Costa Chica. La forma de vida en la región esta signada no sólo por la fisiografía y el perfil sociodemográficos, sino por la posición que ocupa esta región en el entramado de flujos de bienes, códigos y personas potenciados por la dimensión global, local y regional. Las actividades agropecuarias de la región son el referente para que los sistemas educativos respondan a las necesidades de contexto, como si esta condición fuese el único horizonte viable o posible para la educación de los jóvenes. La cabecera municipal cuenta con servicios educativos y comerciales, pero no representan un polo de atracción para satisfacer la demanda laboral de quienes cursan sus estudios de bachillerato. Adicionalmente, es patente la violencia estructural que se apuesta en correspondencia con la pre-

sencia y base de grupos organizados cuyas actividades producen ganancias no reconocidas ni sancionadas social y legalmente.

Alicia interrumpió sus estudios, es madre soltera y no ha conseguido darle continuidad a su formación. Esto no implica que haya interrumpido su vida, sólo ha tomado un giro por las restricciones que le impone el cuidado de sus dos hijos. Su familia es recompuesta. Por el lado paterno, son cuatro hermanas y un hermano. Por parte de su madre, dos hermanos y una hermana. Ella es la única hija de ambos. Los demás son “conseguidos”.

Alicia interrumpió sus estudios, es madre soltera y no ha conseguido darle continuidad a su formación

En otras palabras, sólo tiene medios hermanos y ella se considera hija única. Una definición compleja, sin duda alguna, pero que hace sentido para la verdad del sujeto, es decir, la posicionalidad desde la cual se pronuncia por la vida. Su padre murió cuando ella tenía diez años de edad. Un acontecimiento que genealógicamente se remite a la posicionalidad de su madre, quien no llegó a conocer al padre muerto a balazos. La ausencia de figuras paternas muestra no solamente el vacío de una función, sino el tipo de relaciones que caracterizan a las mujeres de Cuajinicuilapa respecto de los hombres. Este vacío de la función paterna se reproduce de manera fractal en una región donde impera el machismo y la ausencia de ley.

Un día común en la vida de Alicia se caracteriza por una tensión entre asumir las responsabilidades domésticas en sustitución o complemento de los pendientes que deja su madre, quien hace vestidos y todo tipo de trabajos como “costurera”. La reparación de la ropa no consigue restaurar una vida disruptiva. Cuando regresa del mundo virtual de las llamadas telefónicas del “celular”, advertida por el mandato materno que le recuerda las responsabilidades domésticas y el apoyo como costurera suplente, algo queda en la extrañeza: sus hijos. Con ellos comparte un escritorio ambulante. Cuando hace demasiado calor, lo que ocurre la mayor parte

del tiempo, el escritorio camina hacia el patio. Mientras las niñas hacen la tarea escolar, Alicia se mece en los sueños de una hamaca. Llegamos al momento de imaginar. Exploramos un sueño y le solicitamos que realice una trilogía temporal de dibujos que muestren la concepción de sí en tres momentos de su vida: antes, ahora y después. Algo en su autoconcepción ha quedado establecido como potencia de ser o anhelo por devenir alguien diferente a lo que actualmente vive o como deseo propiciatorio de una vida otra alentada por el poder que se impone como exigencia de probidad en la búsqueda de otros aires. Es un momento clave para comprender el aliento de vida y el soporte de las aspiraciones de profesionalización. Ahí se habrá de indicar un breve instante para el levantamiento de los cuerpos, la sublevación de la posicionalidad femenina y la autenticación de las aspiraciones frente a un contexto que impone restricciones violentas y que, de sucumbir a ellas, habrá producido el decaimiento de los cuerpos.

La lucha por el reconocimiento y el deseo por devenir alguien, cuando queda de lado de un destino personal, en nada habrá cambiado el estado de ánimo, de cosas y de los cuerpos sometidos a un designio fatalista. En la siguiente secuencia de pasajes narrativos, Alicia asume que la movilidad y deslocalización están sujetas a la muerte de su madre. Asume una responsabilidad como cuidadora; pero más tarde, habrá de consignar en lo intempestivo de las impresiones o huellas que han quedado en el registro onírico, una aire de familia que comparten los jóvenes y habitantes del pequeño poblado costero: “Me gustaría vivir en otro lugar. Sí está bonito el pueblo, aquí nací y crecí. Pero pues igual, cambiar de aires, visi-

tar otros lugares, porque aquí es aburrido. Si yo terminara me gustaría irme. Pero igual, eso sería, que Dios no lo quiera, ya no esté mi mamá porque ella lo ha dicho que no sale de aquí. Y pues igual, mientras ella viva, yo no la dejaría sola”.

La exposición al otro crea sus propios modos de afección en correspondencia con la naturaleza de Alicia. Su razonamiento es consecuente con el imaginario que alienta el vínculo, deseado o no:

—¿Cómo eras antes?

—Era cuando iba a la prepa, tenía como 15 años, pues yo quería no sé, salir adelante, estudiar, tener algo. Pero de repente no sé qué me dio que cuando empecé a ir a la prepa, me empecé a llevar con personas... bueno, yo no digo que alguien me dañó, sino que cada quien hace lo que quiere y uno se deja llevar porque uno quiere, no porque nadie la obligue. Pero no sé en qué momento me ganó más el relajo, el desmadre, y ya le eché pocas ganas a estudiar. Yo al momento pensaba “yo ya no quiero estudiar, yo ya no quiero saber nada de eso”. Por eso cuando me dieron de baja en el CBTA me fui con mi novio, me casé y vi las cosas de otra manera. “Mejor hubiera estudiado”.

—¿Cómo eres ahora? Creo que ahorita más contenta, creo que ahorita que ya estoy grande, que tipo ya... no sé si decir que, ya maduré ¿verdad? Pero tengo más clara las ideas y propósitos más fuertes que ahora sí yo quiero lograr.

—¿Cómo te imaginas en el futuro?

—Más flaca, en mis metas es bajar porque me he sobrepasado con el peso. Pues ahí, yo me veo con mi carrera ya terminada y con un mejor nivel de vida, tengo a mis hijos ya más grandes y pues siento que voy a estar feliz.

El sobrepeso es algo preocupante para Alicia. ¿Cómo sobrellevarlo o quitárselo de encima? Concebirse desde la ligereza es una cualidad de la época de los vínculos efímeros, lábiles. Pero tam-

bién es un anhelo frente a la pesadumbre, misma que es invocada de manera sintomática por la narradora, quien nos brinda un sueño sobre la muerte de su hijo y que, tal vez, sea una reelaboración de los temores de una región.

Una vez soñé que mi hijo se había muerto, en el sueño fue un dolor muy grande. Yo tengo miedo a perder a uno de mis seres más cercanos, que son mis hijos y mi madre. Porque o sea, en el sueño, yo lloraba, yo soñé... eso fue cuando estaba embarazada del más chico, el más grande ya tenía tres años y yo soñé que estaba muerto y que lo íbamos a enterrar y que yo no quería que lo metieran a la tumba. Que yo lo sacaba de la caja, lo abracé, que lo tenía abrazado, que me lo querían quitar y yo no lo quería soltar y lloraba y lloraba. Y en el sueño fue un dolor tan mal, tan profundo. Yo ahí deseaba que fuera una pesadilla, pero ahí en el sueño era tan real el dolor, era muy real que yo cuando por fin desperté que volteo a mirar que dormía conmigo y lo primero que hice fue tocarlo y ver si estaba respirando. Ósea [sic] en ese sueño... es el peor sueño que he tenido, lo toqué y sí estaba respirando, estaba bien dormidito, fue un sueño, una pesadilla, yo lo sentí muy real, en el sueño fue muy doloroso.



Mejor volverse evanescente, flaca, inaprehensible. Mejor estudiar criminología para examinar cadáveres que constatar la muerte de los seres queridos. Resulta sorprendente haber encontrado reminiscencias de duelo, familias rotas o fracturadas por la violencia y la carencia de la función paterna, así como una insistencia entre los jóvenes por hacerse de una profesión que los ponga a buen resguardo de la muerte con la investidura, aparentemente inmune o empoderada de la criminología, la formación militar o, en su defecto, imaginando la vida o el devenir fuera del contexto. En su propia autoconcepción y preocupación manifiesta por el hijo dormido, el acto de constatación para asegurarse de que, aún respira, nos indica el peso impositivo de una región violenta y carente de ley. La preocupación por el otro es, en el levantamiento del cuerpo, una sublevación ante la pesadumbre.

El rey del rap

Hendrix ha cumplido 17 años de edad. Hendrix tiene oído para la música. Encarna una prótesis que lo distancia del mundo atravesado por historias de terror sobre una sociabilidad restringida

o expuesta a los últimos acontecimientos del crimen organizado. Xalapa es una ciudad que habita en la desgracia por haber sido elegida como el asentamiento de los consabidos cárteles en disputa por el trasiego de drogas. Las personas trazan una cartografía de la criminalidad que envidiarían los técnicos expertos en sistemas de información geográfica. Las narrativas señalan dónde comienza una disputa por el territorio y dónde culmina cuando los sicarios señalan con los cuerpos fragmentados que han desechado y exhibido en el ámbito público. Hendrix camina con los audífonos puestos. Mejor escuchar música que la sonoridad concreta de un mundo que, si la conciencia se mantiene en señal de alerta todo el tiempo, podría situar al sujeto en un estado de paranoia permanente hasta llevarlo a la locura.



Durante un operativo escolar en la escuela de bachillerato llegan los policías. El perro entrenado para olfatear droga no ha detectado nada esta vez. Hendrix respira aliviado. La marihuana hizo de plantilla ortopédica dentro de sus tenis. Ríe. Por ahora, el perro policía

fue burlado. Pero lo que no ha podido burlar Hendrix es el camino de las adicciones. Prácticamente, no hay una droga que Hendrix no conozca y haya probado. Las adicciones muestran el decaimiento de los cuerpos hacia una etapa dependiente que aspira al sostén familiar que nunca llega. Como muchos jóvenes en México, está obligado a trabajar y aportar para la economía familiar. Gracias a su madrina, logró concluir la secundaria, después de haber sido expulsado de otras escuelas. Vestido con atuendo “cholo” y emulando sus gestos corporales y holgados, Hendrix posa en cuclillas para la fotografía, mostrando el fondo de su cuarto, techado con lámina y lleno de artefactos varios que consignan una vida de oficios, como la de soldador. De manera orgullosa, porta una camiseta con la imagen del paganini del rock, Jimmy Hendrix. Quizás los sonidos

guturales sean un viaje visceral para afirmar una inmunidad inexistente y precaria.

- ¿Ahí también vive tu padrastro?
—Sí, también.
—¿Cómo te llevas con él?
—Pues de hecho no le hablo
—¿No le hablas?
—No es que, bueno, cuando yo conocí... cuando yo lo, bueno, mi mamá lo conoció, yo todavía yo todavía quería... bueno... quiero mucho a mi papá verdad? Pero, pues, yo estaba acostumbrado a vivir con él. Y yo no le hablo porque se me hace muy mala onda. Tanto de parte como de los dos porque, bueno pues, el vato, bueno mi padrastro, es... es... era amigo de mi papá... entonces se me hizo muy mala onda y como que le tengo respeto pero a la vez como que pues, pues como le digo, se me hace muy mala onda de su parte.
—Entonces, ¿tu hermanita es hija de tu papá o de tu padrastro?
—De mi papá.

En la casa de Hendrix cohabitan doce personas. Situarse más allá de su propia cotidianidad es un recurso que le permite eludirse, fugarse de otros espacios. Ya fue expulsado de las escuelas, ha interrumpido su formación y ahora sólo sueña con ser futbolista y casarse con aquella chica a la que un día “le falló”. Las conductas dependientes se reproducen genealógicamente de padre a hijo. Las imágenes supervivientes de las golpizas recibidas son dispensadas.

- Mi papá bebía mucho, y pues a veces llegaba borracho a la casa y le pegaba a mi mamá, me pegaba a mí, le pegaba a mi hermana. No, y pues por eso mismo, por eso mismo fue que se separaron.
—¿Y tú no te sientes enojado con él por eso? O sea, porque les pegaba a ustedes.
—No, porque yo sé lo que es cometer un error, no y yo sé que, uno acepta sus errores y la vez

también uno quiere que lo perdonen, ¿no? Por eso mismo no le guardo, no le guardo rencor, porque como le repito, yo sé lo que es, pues yo sé lo que es cometer un error y qué se siente querer que alguien te perdone.

Hendrix ha consumido alcohol, Clonazepam, cocaína, LSD, marihuana y anfetaminas. Reniega de la deslealtad de pareja, pero se recrimina haber engañado a su novia de secundaria. En sus ratos de ocio lee un libro sobre la muerte, tema que le atrae. Sin embargo, invoca un mundo donde puede combinar palabras para hacer de la rítmica una manifestación *rapera*. Quizás sea una forma de responder al hiperrealismo que pesa en su vida.

- ¿Has tratado de escribir otra cosa o todo ha sido...?
—Como le digo, al principio fue, ahora sí, como por puro romance, ¿no? Y ya después, pues, como que... como usted dice... fue... fui aprendiendo figuras retóricas y ya más que *rap* romántico me gustaba lo *underground* y todo eso, ¿no? O sea... combinar palabras, combinar figuras retóricas, lo que es el rítmica, algo así, ¿no? Métrica, estructuras, todo eso [*sic*].

Para Hendrix no es fácil seguir una progresión temporal que le permita definir sus anhelos, en cambio, recurre a un escudo que traza sobre el papel para poder expresar lo que no ha podido verbalizar. La imagen superviviente irrumpe intempestiva y en ella se consigna el abandono que experimenta una ciudad cautiva de los episodios de la violencia perpetrada por grupos organizados: “esto es un escudo, según yo. Entonces, me consideraba una persona humilde, pus porque siempre he sido así de respetar a la gente, de res-



petarme a mí mismo, más que nada. Pues ahora me siento, no sé, pus me siento feliz conmigo mismo”, explica.

La ideación de un escudo para protegerse de quienes le infligen daño y la regresión hacia los placeres onanistas de la oralidad que le proporcionan las drogas, semejan el símil de una demanda de huida. En ese recorrido, la música le acompaña y evita someterse a las sonoridades agrestes del mundo y del otro, quienes lo han expulsado y situado en el margen. Se protege con un escudo.

Que un joven como Hendrix demande respeto nos dice lo que no hay en Xalapa para nadie; ni para las jóvenes estudiantes que anhelan concluir una formación ni para los muchachos que, en el vacío de una sociedad que ha surcado los umbrales mínimos de respeto al cuerpo, constatan su fragmentación aquí y allá. Nadie parece escuchar el clamor de voces de una sociedad que exige se haga valer la alerta de género y reivindique el respeto irrestricto a la vida y sostenga el anhelo por devenir alguien reconocido. El escudo imaginario sintetiza el anhelo soterrado de una sociedad que día con día se subleva a ser sometido por un poder social extraño. La dignificación de los cuerpos se mantiene en pie de lucha.

Almudena y el influjo de cortocircuitos de la ingravidez

Almudena vive en un barrio tranquilo de una localidad rural perteneciente al municipio de Ameca, Jalisco. La religión católica está acentuada en las costumbres de los pobladores, así como el añoso flujo migratorio hacia localidades como Lake Tahoe y otros condados de California en los Estados Unidos.

Una de las hermanas de Almudena consiguió terminar la licenciatura, pero los restantes hermanos, tres varones, decidieron

trabajar como traileros. Ninguna de las hermanas, incluida la entrevistada, consiguió terminar la preparatoria porque “salieron embarazadas”, a decir de la abuela. Sus abuelos la criaron porque es hija de padres separados. Uno de sus hermanos, que decidió permanecer en la localidad, se dedica a la crianza de caballos de carrera. Su abuelo posee una presa.

En Ameca se ha venido trabajando en campañas educativas para educar con perspectiva de género

La vida ganadera y las responsabilidades domésticas que les asigna un estilo patriarcal a las mujeres caracterizan la vida cotidiana de los alumnos de bachillerato de la región. Almudena interrumpió sus estudios por una demora en los trámites. Ha sido estigmatizada y aun cuando menciona haberse aburrido de la escuela, su embarazo la mantiene en constante vigilancia por parte de la abuela. No aspira a ir más lejos de la región y ha considerado estudiar el bachillerato en línea: “Mi má’ siempre me lo ha dicho; de hecho, una vez me habían dado un boleto... un gafete de que la prepa abierta en línea en Guadalajara... y mi má’ siempre me ha dicho que termine la escuela; pero fui, pero cobraban mucho, cobraban como diez mil, estaba muy cara... en un punto dijo mi má que pues... sí, era muy caro”.

Las opciones para imaginarse de otro modo en contextos donde impera el machismo, son restringidas. En Ameca se ha venido trabajando en campañas educativas para educar con perspectiva de género. Los casos de violencia no denunciada muestran el efecto de la naturalización de la posición asimétrica de poder que ejercen los hombres sobre las mujeres. Mientras que ellos podrían ser apoyados para seguir estudiando, cuando una joven “sale embarazada”, el honor de los hombres queda a buen resguardo por la ideología prevaleciente. La mirada de futuro se sujeta a una vida apegada a la fuerza de las creencias y valores católicos que inciden en la reformulación de la falta, como redención y sujetamiento.

—¿Te imaginas viviendo aquí...? ¿Imaginas la vida en otra parte?

—¡Ay! Aquí siempre yo creo sí, jeje [Vivir fuera] creo que no, pues está cerca como aquí Ameca, Cocula.

—Antes tenía muchos amigos, pero ahorita ya no. Okey, eéé es el pasado... [presente] Aquí en la casa y mi abuela casi siempre estamos las dos juntas. Mi má' llega como a las seis, cinco, nunca está, nunca está. Y un futuro pues, trabajando, trabajo y no sé una casa propia...

—¿Te ves casada?

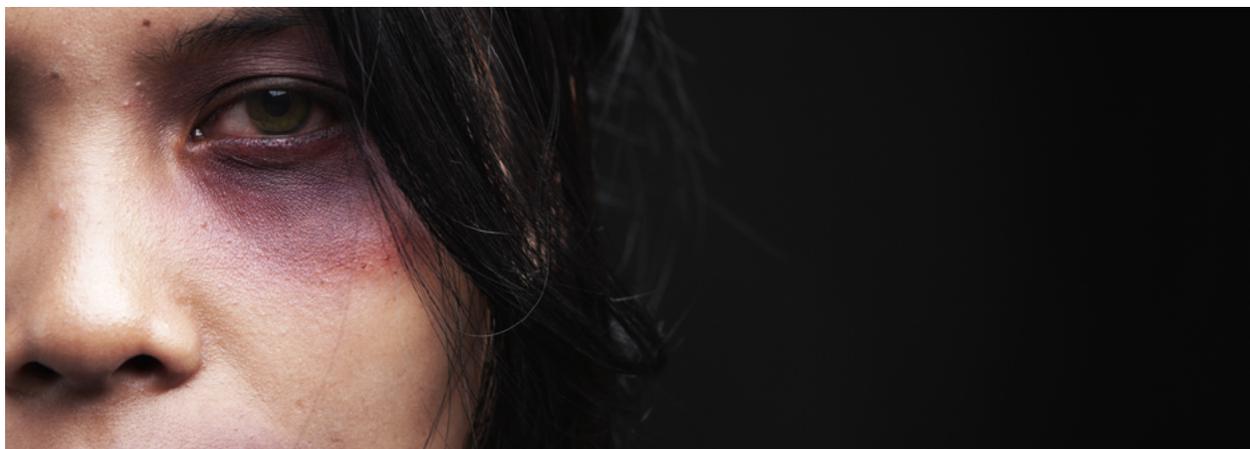
—Yo creo que ahorita no... primero lo primero... después a ver qué... por el momento no.

La violencia de género se hace visible en Ameca y los embarazos no planeados giran en torno a un vacío. La sobrevigilancia ejercida por los modelos morales de familia pesa en el horizonte aspiracional de las mujeres y restringe la posibilidad de labrarse un camino profesional por medio de una mayor movilidad escolar en oposición a la migración masculina. La presencia de grupos organizados también ha creado un abanico de posibilidades que contrasta con las aspiraciones educativas al ofrecer a los pobladores un acceso a bienes ilimitados sin pasar por la obtención de grados escolares. Las mujeres en este contexto enfrentan un doble proceso de sujeción: las

ideologías católicas y morales, así como el machismo acentuado. En los contextos escolares, las vendettas verbales y los pleitos físicos hacen de la sororidad un ausente. Mientras en vínculo religioso es celebrado en las fiestas patronales, las interacciones cotidianas hacen visible la ausencia de civilidad. El levante del cuerpo demanda la refiguración de los modelos morales punitivos y la confrontación de las imposiciones patriarcales. Mientras esto no sucede, la inercia y la naturalización de un futuro limitado a los imperativos del contexto seguirán reproduciendo las más disímiles formas de desrealización del sujeto.

Conclusiones

Cada caso invocado en este trabajo ilustra los mecanismos de sujeción que les son impuestos a los jóvenes de las tres regiones del estudio. La sublevación de los cuerpos tiene lugar ahí donde la docilidad es rechazada como solución al peso de los tiempos. El soporte de las aspiraciones educativas en cada caso parece roto por la falta de probidad: madre soltera, joven adicto a las drogas, embarazo no planeado en curso. ¿A qué mundo adulto de probidad apelan las voces de los jóvenes? ¿Cómo llegaron a ser situados en la comarca de los expul-



sados? En un mundo ideal que hace de la libertad de elección el basamento de los procesos de autorrealización e individuación, todo termina en una quimera, en destinos personales, pero no resuelve el problema de fondo. Apelando a la heurística de los cuerpos en potencia y su condición de sujeto, nos propusimos indagar el soporte del aliento y aspiraciones de profesionalización. Este es un breve ejemplo de lo que encontramos.



En oposición al ideario de una vida exitosa, no se trata del deseo de cumplir una meta y obtener una posición avalada por las titularidades, puesto que asistimos a una época que las vuelve fútiles, en tanto el mercado desregula las relaciones sociales y convierte toda vocación aspiracional en destinos personales; sino del deseo de sostener las aspiraciones

y el cumplimiento de las mismas para el reconocimiento social. Éste sólo se actualiza, es vigente y se hace posible en dos tiempos: primero, como el soporte del deseo de saber y devenir; en seguida, como el deseo del deseo del otro. En consecuencia, el cuerpo queda subjetivado.

Cualquier otro resultado conduce hacia la desubjetivación del cuerpo y, consecuentemente, en desrealización del sujeto. En otras palabras, lo que ocurre en tres regiones de México nos indica que la educación media superior adolece de soporte para alentar las aspiraciones de profesionalización. La caída de los jóvenes en el continente de la expulsión es una falencia que confirma nuestra incapacidad para responder a la dignificación, el reconocimiento, el respeto irrestricto hacia los jóvenes y la ausencia de un soporte que haga la función de puente hacia su realización como sujeto. Entretanto, el levante del cuerpo establece sus consignas de escudo, preocupación por el otro y paciente espera para la emancipación del yugo familiar.

Referencias

- Bergson, H. (2006). *Materia y memoria. Ensayo sobre la relación del cuerpo con el espíritu*. Buenos Aires: Cactus.
- Bodei, R. (2006). *Destinos personales. La era de la colonización de las conciencias*. Buenos Aires: Cuenco de plata.
- Butler, J. (2009). *Vida precaria. El poder del duelo y la violencia*. Buenos Aires: Paidós.
- Didi-Huberman, G. (2013). *La imagen superviviente. Historia del arte y tiempo de los fantasmas según Aby Warburg*. Madrid: Abada Editores.
- (2018). *Subelevaciones*. México: Jeu de Paume-Museo Universitario de Arte Contemporáneo, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Dreyfus, H. y Taylor, Ch. (2016). *Recuperar el realismo*. Madrid: Ediciones Rialp.
- Faye, J. P. (1998). *¿Qué es la filosofía?* Barcelona: Serbal.
- Homero. (2015). *La Ilíada*. Carolina del Sur: CreateSpace.
- Honneth, A. (2009). *Patologías de la razón*. Madrid: Katz.
- Nancy, J. L. (2015). *58 indicios sobre el cuerpo. Extensión del alma*. Buenos Aires: La Cebra.
- Offe, C. (1990). *Contradicciones en el estado de bienestar*. Madrid: Alianza.
- Sánchez, J. (2015). Perspectivismo y polifonía. Los problemas de movilidad en Molango, Hidalgo. *Intersticios sociales*. 9, 1-25.
- (2019a). ¿La mala educación o en realidad no sabemos escuchar? Jóvenes en educación media superior en tres regiones de México: Ameca, Jalisco, Cuajinicuilapa, Guerrero y Xalapa, Veracruz. México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social. En proceso.
- (2019b). *Narrativas transgresivas. El corazón de la Sierra Alta*. México. Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social. En proceso.
- Sennett, R. (2011) *El declive del hombre público*. Barcelona: Anagrama.
- Serra, M. (2014). *Los cansados*. Barcelona: Alfaguara.
- Spinoza, B. (2007). *Ética demostrada según el orden geométrico*. Madrid: Tecnos.
- Taylor, C. (2006). *Imaginario sociales modernos*. Barcelona: Paidós.
- UEMSTAYCM (2018). *Unidad de Educación Media Superior Tecnológica Agropecuaria y Ciencias del Mar, 2018*. México: Secretaría de Educación Pública-Unidad de Educación Media Superior Tecnológica Agropecuaria y Ciencias del Mar.